

Domingo 4º del Tiempo Ordinario. Ciclo B.

“Escuchar a los profetas de nuestro tiempo”

A lo largo de la historia de la salvación, el Señor ha suscitado hombres y mujeres que fueran portadores de su Palabra, que comunicaran su voluntad salvadora, que denunciaran las situaciones injustas y que recondujeran al pueblo por las sendas de la salvación. Hoy, en este domingo 4º del Tiempo Ordinario de la liturgia de la Iglesia, **se nos presenta la promesa de Dios de suscitar en medio de su pueblo a profetas capaces de anunciar sin fisuras, la voluntad de Dios** (1ª lectura); una promesa cumplida con creces en Cristo.

Hoy sigue habiendo profetas, no “futurólogos”, que nos llaman a la conversión, que denuncian las injusticias y que nos invitan a vivir en verdad, si realmente tenemos el oído y el corazón atento. Porque **¿qué voces escuchamos? ¿Qué palabras y mensajes son los que nos llegan, o mejor dicho, dejamos de que nos lleguen?**. Si somos sinceros hemos de reconocer que solemos escuchar voces que nos agradan y adulan, mensajes que no nos implican, que no entran en el fondo de nuestro ser. Sin embargo, cuando alguien nos interpela de verdad, cuestiona nuestra actitud de vida, y denuncia nuestra infidelidad a la Palabra de Dios, nos apartamos o nos ponemos en actitud defensiva, porque, en definitiva, se pone en evidencia la verdad de nuestra vida. Es necesario, por tanto, **mantener una actitud de apertura para saber escuchar a los profetas de nuestro tiempo.**

Jesús enseña con autoridad; una autoridad que viene de lo alto, una autoridad que se revela no sólo por sus palabras sino también por sus acciones. Su enseñanza en la sinagoga de Cafarnaún y la posterior curación de un endemoniado (evangelio), manifiesta claramente de dónde procede esta autoridad de Jesús. Ciertamente Él es no sólo el portavoz de la Palabra de Dios sino que Él mismo es la Palabra de Dios encarnada, el nuevo Moisés.

Nosotros como miembros del cuerpo de Cristo, y en virtud del Bautismo que hemos recibido, **estamos llamados a participar de una manera activa en esta acción profética de Cristo**. Cada uno según su condición y de la vocación particular a la que ha sido llamado (2ª lectura), ha de **ser portavoz eficaz de esta Palabra de Dios**, no de nuestra interpretación, siempre subjetiva, de los acontecimientos. Para ello no necesitamos unas dotes y cualidades humanas extraordinarias sino ser fieles a la voluntad de Dios, dejándonos empapar por esa misma Palabra de vida, amando al Señor *“con todo el corazón y que nuestro amor se extienda, en consecuencia, a todos los hombres”* (Oración colecta).

Jesucristo es el verdadero Maestro, que tiene palabras de vida eterna; que ***dice y hace***; que enseña con palabras y, sobre todo, con las obras, que no recurre a otros maestros para enseñar algo, sino que lo dice porque posee una sabiduría y un espíritu al que no puede oponerse ni contradecir ni ridiculizar nadie. Es el Maestro que tiene poder para expulsar demonios, para perdonar pecados, para liberar al hombre. Verdaderamente Cristo es único. De esto hemos de estar firmemente persuadidos los cristianos. Nadie ha enseñado lo que él enseñó, ni nadie ha enseñado como él. Sus palabras son espíritu y vida.

Por eso Juan Pablo II insistía: *“¡No tengáis miedo! ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo! ... Permitid, por tanto –os ruego, os imploro con humildad y con confianza- permitid a Cristo que hable al hombre. Sólo Él tiene palabras de vida, ¡sí! de vida eterna”*.

Otro texto: *“Abrid de par en par las puertas a Cristo, acogerlo en el ámbito de la propia humanidad no es en absoluto una amenaza, sino que es, más bien, el único camino a recorrer si se quiere reconocer al hombre en su entera verdad y exaltarlo en sus valores”* (Christifideles laici, 34).

*Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.*